

El arte de permanecer

Mis crónicas



Ciertos edificios que acumulan siglos y otros que aprenden a destilarlos. En el centro histórico de Lecce, la piedra dorada del Salento adopta una cadencia particular, una forma de quietud cultivada, cuando se organiza alrededor de un palazzo que parece haber elegido el silencio como lenguaje principal. Palazzo Bozzi Corso existe con la serenidad de aquello que no necesita afirmarse, como una presencia que se reconoce por la forma en que ordena el aire a su alrededor.

Construido en 1775 por el arquitecto Emanuele Manieri, el edificio despliega una armonía precisa, casi musical. Las proporciones responden a una lógica que acompaña el cuerpo, los espacios fluyen con naturalidad, las líneas sostienen una elegancia que nunca se vuelve enfática. El barroco leccese, aquí, se expresa con moderación y carácter, sin excesos, con una nobleza contenida que atraviesa el tiempo sin perder vigencia.

La transformación del palazzo en una residencia de hospitalidad contemporánea responde a una visión cultural profunda, impulsada por Antonia Yasmina y Giacomo Fouad Filali. Herederos de una historia familiar atravesada por el arte, los desplazamientos y los encuentros entre mundos, han sabido devolverle al edificio una vida que no compite con su pasado, lo prolonga. La modernidad se inscribe con respeto, con inteligencia, con una sensibilidad afinada.

Las diez suites funcionan como espacios narrativos. Cada una propone una identidad propia, una atmósfera cuidadosamente construida a partir de afinidades entre diseño, arte y memoria. Piezas de Gio Ponti, Ettore Sottsass, Mackintosh y Le Corbusier dialogan con obras de la colección familiar en una convivencia fluida, sin jerarquías forzadas. El color se despliega con profundidad, los materiales sostienen una sensación de intimidad cultivada, el conjunto invita a una forma de habitar más atenta.

La experiencia espacial se desarrolla con una naturalidad envolvente. Los techos altos liberan la respiración, los pisos de piedra conservan una frescura amable, la luz recorre los ambientes con una cortesía antigua. Cada gesto parece pensado para favorecer una percepción lenta, una relación más consciente con el entorno. El descanso se instala sin ceremonia, como una consecuencia lógica del equilibrio.

El arte atraviesa el palazzo con una presencia orgánica. Esculturas de Jacques Zwoboda y René Letourneur se integran al recorrido como pensamientos sólidos, mientras las acuarelas de Fernand Léger aportan una vibración moderna, rítmica. Los dibujos originales de John Lennon, donados por Yoko Ono, introducen una dimensión íntima y afectiva, una capa de humanidad que transforma el espacio en relato. Las obras no se exhiben, acompañan.

El jardín secreto ofrece una pausa suspendida. Protegido del ritmo urbano, se presenta como un refugio de contemplación serena. Entre árboles, lecturas y conversaciones suaves, el tiempo adquiere otra textura. Una copa de vino, un café, una espera prolongada encuentran aquí un lugar natural. La belleza se manifiesta con discreción, sostenida por el cuidado y la proporción.

Linaje, viaje y memoria

La historia que sostiene a Palazzo Bozzi Corso se despliega como una novela atravesada por la intensidad. La figura de Enzo Fiermonte recorre el palazzo con la energía de una vida extraordinaria. Boxeador de fama internacional, campeón italiano y europeo, protagonista de combates que lo llevaron de Milano a París, de Londres a Buenos Aires, hasta el legendario Madison Square Garden de Nueva York, su trayectoria deportiva se transformó luego en una prolífica carrera cinematográfica.

Casado durante algunos años con Lady Madeleine Astor, heredera americana sobreviviente del Titanic, Enzo Fiermonte abandonó el ring para dedicarse al cine. Su físico y carisma lo llevaron a participar en más de cien películas, compartiendo escena con figuras como Anna Magnani, Aldo Fabrizi y Tino Scotti, hasta integrar el elenco de Rocco e i suoi fratelli de Luchino Visconti. Una vida marcada por la movilidad, la ambición y la reinención, que encontró su último refugio en Roma.

El palazzo está dedicado a su memoria, aunque la dedicatoria se expresa con intimidad. No hay solemnidad, hay presencia. Esa historia personal se integra a un relato familiar más amplio, protagonizado también por Antonia Fiermonte, pintora y violinista, mujer libre y cosmopolita, cuya vida atravesó Puglia, Roma, París, Nueva York y Marruecos. Su matrimonio con el escultor René Letourneur, su relación con Jacques Zwoboda, su encuentro con el cadí Thami Filali, construyeron un puente entre culturas, religiones y sensibilidades que hoy se manifiesta como legado.

Ese linaje, marcado por el arte y la tolerancia, encuentra en Palazzo Bozzi Corso una forma de continuidad. La hospitalidad se concibe como un acto cultural, como una invitación a participar de una historia viva. El rooftop del palazzo ofrece una mirada elevada sobre Lecce, donde los campanarios y los techos de piedra componen un paisaje suspendido. La piscina refleja el cielo con una quietud contemplativa, propicia para una belleza que no busca ser capturada.

La experiencia que propone este palazzo no se define por el lujo entendido como exhibición, se define por una elegancia interior, por la capacidad de transformar la percepción. Lecce se expande más allá de sus calles barrocas y se instala en el ritmo íntimo de quien habita el lugar. Palazzo Bozzi Corso permanece, respirando arte, memoria y presente, dispuesto a recibir miradas capaces de escuchar. Algunos espacios no se recorren, se incorporan. Este es uno de ellos.

<https://flaviatomaello.blog/cronicas/el-arte-de-permanecer/>